

CARLOS CUEVA TAMARIZ

Rector de la Universidad de Cuenca



# La Universidad y la Educación

DISCURSO DE APERTURA DE LOS CURSOS  
DEL AÑO LECTIVO DE 1954 A 1955

PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

---

CUENCA — ECUADOR

1955

# La Universidad y la Educación

## DISCURSO DE APERTURA DE LOS CURSOS DEL AÑO LECTIVO DE 1954 A 1955

“Señor Vicerrector,  
Señores Decanos,  
Señores Profesores,  
Señores estudiantes,  
Señoras,  
Señores:

Goethe, en momentos de intenso dolor por la muerte de un ser amado, acallando heroicamente los gritos de su corazón herido por la desgracia, dijo estas palabras casi inauditas: “Adelante, por encima del dolor y de la muerte!”, para significar con ellas que la misión del hombre es ir hacia adelante en el camino de su perfección, venciendo a las fuerzas negativas que tratan de detenerle o hacerle retroceder.

Glosando esta expresión del gran poeta y humanista, yo diría esta noche a maestros y alumnos de esta Casa de Estudios, al volvernos a congregarnos para la iniciación de una nueva etapa de trabajo, luego de justificado reposo: adelante con nuestra Universidad, por sobre todas las fuerzas negativas que, dentro de nosotros mismos y en el medio circundante, conspiran contra su progreso! Adelante, a pesar de la incompreensión de los unos y de la indiferencia o la hostilidad de los otros! Adelante, pese a la escasez de medios materiales, de más poderosos estímulos, de comodidades de todo orden! Adelante, con lento paso en veces, con paso acelerado en otras, pero siempre adelante, sin detenernos en la marcha ascendente!

Precisamente porque vivimos días de oscura incertidumbre, cargados de amenazas futuras, esforcémonos y luchemos para hacer de esta nuestra Universidad una invencible fuerza espiritual capaz de orientar el rumbo e imprimir el ritmo de nuestra comunidad en su anhelo de un porvenir mejor.

¿Cómo hacerlo? Meditando, estudiando, actuando. Venciendo a la inercia, a la rutina, al conformismo cómodos e inoperantes. Laborando incansablemente para perfeccionar nuestra organización universitaria, nuestros medios de trabajo, nuestros instrumentos espirituales.

La Universidad no ha de ser un simple reflejo del medio ambiente, sino un poderoso mecanismo para modificarlo favorablemente. No ha de satisfacerse con realizar la tarea de preparar unos tantos profesionales, más o menos competentes, que llenen su papel de servir a los demás, sirviéndose a su vez de ellos, para su personal provecho. Ni siquiera ha de contentarse con formar hombres de ciencia, sabios en las diferentes disciplinas humanas, dominadores de los más recónditos secretos de la naturaleza y de la vida. Ha de hacer algo más: ha de aspirar a formar al hombre integral, completo, total. Ha de educar en suma, a sus alumnos y ha de inspirar y dirigir por medio de ellos la educación de todos los miembros de la colectividad. Ha de constituirse en el centro, en el eje de la formación de los hombres que han de conducir, han de modelar y han de dar sentido, impulso, espíritu a la vida social. Lo cual no quiere decir que ha de limitar su papel a la preparación de las élites directoras de la sociedad, olvidándose del hombre común, sino antes bien que ha de inspirar con su elevada autoridad moral y con la acción de los hombres formados por ella la educación de todos los componentes de la colectividad por medio de los maestros primarios y secundarios en escuelas y colegios.

Quienes se hayan formado en la Universidad deben llevar a la vida social, no solamente un cúmulo de conocimientos en una rama cualquiera de la ciencia, sino un impulso espiritual de perfección constante, un sentido del mundo y de la vida que les obligue a emplear íntegramente al servicio de la comunidad sus capacidades y sus luces, encontrando en ello la plena satisfacción de sus anhelos profundos.

Quizá la Universidad no ha combatido suficientemente, sino antes bien ha contribuido en parte a mantener, un gran error que corroe

a las sociedades contemporáneas: el de menospreciar las cosas espirituales, trascendentales de la vida, exaltando las preocupaciones materiales, **prácticas**, como que ellas bastan para triunfar en la sociedad, olvidando que el progreso material no basta para el avance de las colectividades. El cultivo del espíritu, de las disciplinas desinteresadas, de las que **no sirven para nada**, en expresión cada vez más generalizada, es fundamental para el verdadero progreso del hombre en la vida social, pues ellas enseñan a pensar, y el pensamiento es una fuerza todopoderosa al servicio del bienestar humano, cuando se mueve libremente para comprender en toda su amplitud y su grandeza la vida y el mundo.

**Educación:** he aquí lo que la Universidad ha olvidado por mucho tiempo. Se ha satisfecho con **enseñar**, con **informar**, a lo mucho con investigar. Pero no ha educado, sino en el mínimo grado en que la enseñanza es, por sí misma, educativa.

Se cree que el proceso educativo termina en el Colegio secundario y que a la Universidad van ya los jóvenes debidamente formados simplemente a estudiar una carrera liberal. Y esto es falso y profundamente dañino. La Universidad es ante todo un instituto de **educación** superior, llamado a formar al joven egresado del colegio secundario en la etapa final de la modelación de su personalidad, para entregarlo a la sociedad como un factor de los más importantes para su mejoramiento.

Y ni siquiera aquí termina la **educación** del hombre en su más alto significado, pues que el proceso formativo concluye con la muerte. El hombre, cuanto más culto y educado es, pule y afina su personalidad en contacto con la vida, hasta sus horas finales.

Si la Universidad es un centro de educación superior, que no de simple instrucción, los elementos humanos de que ella se compone han de corresponder plenamente a esta finalidad. Profesores y estudiantes, maestros y discípulos, para decirlo con mayor exactitud, han de reunir ciertas condiciones fundamentales para que la obra educativa en esta etapa superior de la formación del hombre alcance su plena realización.

No solamente el catedrático o profesor ha de ser hombre de pen-

samiento, de ascetrada cultura, que domine la disciplina científica que tiene a su cargo; no solamente ha de ser dueño de una personalidad capaz de impresionar e influir en sus alumnos; no solamente ha de poseer medios fáciles y naturales de expresión, amor al estudio, curiosidad intelectual y aptitud para la investigación científica, capacidad para organizar y transmitir sus conocimientos. Ha de tener, principalmente, fe y entusiasmo en la propia obra y en la de la Universidad, sin los cuales la faltarán vida y calor a su quehacer docente, incapaz de suscitar en sus alumnos inquietudes creadoras y fe en sí mismos y en el valor del conocimiento y de la búsqueda de la verdad. Y, sobre todo, ha de hacer de su propia vida un ejemplo para sus discípulos, por la rectitud de la conducta, por la dedicación al cumplimiento de sus deberes universitarios y profesionales, por su acción benéfica para la colectividad, por su amor al bien y a la verdad. Porque el maestro no enseña tanto con las palabras cuanto con el ejemplo y porque la mejor manera de formar la personalidad del alumno o del discípulo es suscitando, con sus acciones, y con la muestra de su propia vida, el ideal que persigue.

William James dice "jamás la lógica ha enseñado a pensar bien a ningún hombre; jamás la ética ha hecho obrar honradamente; pero ejecutado un acto imitable y no es cuenta vuestra el ser imitado: ya se cuidarán de eso las leyes sociales".

El profesor ideal, el maestro mejor dicho, debe reunir en su personalidad todas las capacidades y potencias que el ideal concibe como factores o instrumentos de realizaciones en la esfera de los actos humanos o dentro del horizonte intelectual en que ha de desenvolver su actividad. Porque él es un agente de cultura, un guía experto en el aprendizaje de conocimientos, un forjador de personalidades y un gran sugeridor de los ideales más valiosos para el progreso humano. No importa que el ideal no se realice de inmediato. La misión del maestro es señalarlo. "Se sirve al ideal, dice Renán, haciendo el bien, descubriendo lo verdadero y realizando lo bello; pero a la cabeza de la humanidad marcha el hombre de bien, el hombre virtuoso. El segundo lugar pertenece al sabio, al filósofo. Después viene el hombre de lo bello, el poeta, el artista."

¿Y el alumno, el estudiante, el discípulo? ¿Cuáles son las condiciones fundamentales que debe reunir para llamarse de esta manera?

Elemento activo de la Universidad, que se forma por la acción y el ejemplo de sus profesores, el estudiante no sólo es el que estudia un sector cualquiera de los conocimientos humanos, sino el que tiene especial disposición psicológica para mantenerse en permanente capacidad receptiva de enseñanzas y de ejemplos; el que tiene sed de conocer cuanto le rodea, de formarse una idea lo más exacta posible del mundo y de la vida; el que tiene curiosidad intelectual y ansia de descubrir, de revelar, sus propias virtualidades mediante el ejercicio constante de su inteligencia y de todas sus facultades y potencias; el que tiene fe en la eficacia del estudio y del esfuerzo cotidiano para la formación de su personalidad, en suma.

No es estudiante el que no se apasiona con sus estudios y omite todo esfuerzo encaminado a su propia formación, por inercia, por falta de fe en sí mismo, por apego a las soluciones fáciles y a los éxitos pasajeros.

El estudiante, que es un joven en plenitud, necesariamente lleva en sí todas las cualidades y los defectos de la juventud. Cualidades: ambición, afán de superación, rectitud de espíritu, pasión por los ideales, amor a la verdad, desinterés, generosidad, inconformidad, rebeldía. Defectos: inexperiencia, suficiencia, ligereza. Y con estas cualidades y estos defectos ha de incorporarse a la vida universitaria aportando a ella sus valores positivos para aprovecharlos en su formación superior bajo la dirección de sus maestros y dispuesto a neutralizar sus defectos y superarlos con la experiencia, la valoración exacta de cosas y personas y el ejercicio de la meditación y del análisis.

El estudiante verdadero es capaz del esfuerzo constante para dominar las disciplinas elegidas y para su propio perfeccionamiento espiritual; tiene amor al estudio y al trabajo y voluntad permanente de perfeccionar sus capacidades físicas y mentales para formarse una personalidad vigorosa.

Quienes persiguen siempre el mínimo esfuerzo, la facilidad en todo, el privilegio, la evasión de las normas de convivencia universitaria, indispensables para mantener la armonía y el equilibrio entre los elementos que la constituyen, no son estudiantes, por mucho que sus nombres consten en la matrícula y llenen las simples formas externas para llevar tal nombre. Les falta algo fundamental, que ningún

esfuerzo extraño puede suplir: la voluntad, la decisión, el impulso interno de construir su vida sobre bases de veras sólidas y durables.

\*  
\*   \*

Quizá tengan algún valor estas breves reflexiones sobre la Universidad y sus maestros y discípulos en este día en que recomenzamos las tareas temporalmente interrumpidas. Las hago con la más pura y recta intención, deseoso de que todos nos inspiremos, en nuestras labores docentes y educativas, en los grandes ideales, ineludibles en una obra del espíritu de tan alta jerarquía como es la educación de la juventud.

Este período de estudios inicia la Universidad con una nueva obra creadora en el campo de la educación de la juventud: el Colegio Secundario "Fray Vicente Solano", anexo a la joven y prometedora Facultad de Filosofía y Letras. Su benemérito Decano os hablará de él. Yo me complazco en señalarlo a la comprensión de tan selecto auditorio y en augurar para este nuevo centro de formación de los adolescentes de nuestra ciudad y de su comarca un claro y brillante porvenir.

\*  
\*   \*

Declaro inaugurados los cursos universitarios de este nuevo año lectivo y, al hacerlo, anhelo con vehemencia para maestros y alumnos una siembra promisoriosa y una cosecha generosa."